

Exaltación del sinsentido y violencia

Lo que le debemos a la post-metafísica

Liliana Beatriz Irizar*

Javier Nicolás González-Camargo**

Resumen: El actual clima intelectual y cultural post-metafísico nos obliga a preguntarnos si aún es viable algún tipo de metafísica a la luz de la cual sea posible examinar los graves problemas de nuestra sociedad, especialmente el del sinsentido y el de la violencia. Con este fin, hemos escogido la metafísica de Tomás de Aquino, tal como ha sido revitalizada por el filósofo canadiense Lawrence Dewan.

Palabras clave: Metafísica, sentido de la vida, nihilismo, violencia, Tomás de Aquino, Lawrence Dewan.

Abstract: The current post-metaphysical intellectual and cultural climate obliges one to ask whether or not it still is possible to examine the serious problems in our society from a metaphysical perspective, particularly the senselessness and the violence. To approach both issues, the authors turned to the metaphysics of Thomas Aquinas, as revitalized by the Canadian philosopher Lawrence Dewan.

Key words: Metaphysics, meaning of life, nihilism, violence, Thomas Aquinas, Lawrence Dewan.

Résumé: L'environnement intellectuel et culturel post-métaphysique actuel nous oblige à nous demander si une sorte de métaphysique est encore possible, qui nous permettrait d'analyser les graves problèmes de notre société, particulièrement ceux du non-sens et de la violence. Dans ce but, nous avons choisi la métaphysique de Thomas d'Aquin, telle qu'elle a été renouvelée par le philosophe canadien Lawrence Dewan.

Mots-clés: Métaphysique, sens de la vie, nihilisme, violence, Thomas d'Aquin, Lawrence Dewan.

* Abogada. Doctora en Filosofía. Docente investigadora, Escuela de Filosofía y Humanidades, Universidad Sergio Arboleda (liliana.irizar@gmail.com).

** Investigador en formación, Universidad Sergio Arboleda (javierngc@hotmail.com).

Recibido: 2009 - 03 - 25

Aprobado: 2009 - 05 - 25

Introducción

La filosofía en general, así como los parámetros culturales dominantes, han decretado el adiós a la metafísica. Básicamente se trata de una crítica dirigida contra los planteamientos de la filosofía primera de tipo realista.

Frente a esta actitud intelectual netamente anti-metafísica cabe preguntarse, en primer lugar, si aún es viable algún tipo de metafísica que pueda sobreponerse a los cuestionamientos procedentes de las diversas posiciones que niegan la posibilidad de un conocimiento de alcance metafísico y, por tanto, la imposibilidad de tomarse en serio todo planteamiento que acuda, para fundamentar su validez, a principios de índole ontológica.

En realidad, como afirma Lawrence Dewan, siempre ha existido una especie de guerra en torno al ser. Así, vemos en Sócrates y Platón una preocupación por producir espíritus verdaderamente filosóficos frente a la amenaza del materialismo (quedarse en el devenir) y de la sofística (quedarse en la mera apariencia de los parámetros sociales dominantes)¹. En la actualidad, la necesidad de renovar la metafísica está relacionada con el desafío procedente del materialismo cientificista y agnóstico y la sofistería de la cultura de la imagen y el fetichismo del símbolo.

En este orden de ideas, se partirá, entonces, de un presupuesto básico: la perenne necesidad de renovar la metafísica. Lo cual equivale a repensar incansablemente sus categorías y principios nucleares que son “escasos en número aunque densos en valor”². En efecto, tal como enseña

Aristóteles³, la metafísica trata de pocas cosas, sin embargo, son éstas las más importantes.

Precisamente, la actitud del realismo clásico ha sido, en líneas generales, un intento siempre renovado de ahondar en la realidad tal como es y, consciente de la riqueza y complejidad de lo real, se ha resistido a encasillarla en esquematismos y categorías preconcebidas. Sin embargo, y tal vez bajo el impulso tan hondamente humano de buscar respuestas totales y definitivas, se han repetido fórmulas cuyo contenido existencial se ha ido desdibujando. Bajo este aspecto, el presente trabajo se inscribe en una línea de pensamiento –el realismo aristotélico-tomista– tal como viene siendo repensado por autores como Lawrence Dewan, O.P. Para este filósofo canadiense, el futuro de la Metafísica realista depende de una intrépida labor especulativa que contiene consecuencias prácticas extraordinarias. Se trata de atreverse a “mirar más cuidadosamente lo que ya se ha visto”⁴, afirma Dewan. Ciertamente, excedería las pretensiones de este ensayo hacer referencia a lo que el profesor Dewan alude al proponer una relectura de algunas de las cuestiones metafísicas nucleares analizadas a lo largo de los siglos. Sólo mencionamos este punto con miras a mostrar que la metafísica que procede rehabilitar es la metafísica realista de inspiración aristotélico-tomista, pero con el propósito de repensar sus categorías.

En estrecha relación con lo anterior, aparece una tarea crucial en el nivel político y cultural: tratar de responder a la pregunta sobre qué importancia tiene la metafísica para el hombre de hoy. Con tal fin, se intenta poner de relieve la

1 Cfr. L. Dewan, *St. Thomas and the Perennial Need for Metaphysical Renewal*, conferencia dictada en el Blackfriars Hall, Oxford University, 20 de febrero de 2008 (en prensa).

2 A. Llano, *Metafísica tras el final de la Metafísica*, seminario dictado en la Universidad de La Sabana, septiembre de 2006.

3 Aristóteles, *Metafísica*, ed. trilingüe de V. García Yebra, Madrid, Gredos, 1990.

4 Dewan, *St. Thomas and the Perennial Need for Metaphysical Renewal*, ob.cit.

necesidad de una ciencia primera que aborde la realidad con la mayor inmediación de que es capaz una inteligencia discursiva como la humana. Se parte para ello de una verdad elemental que ha sido advertida por Alejandro Llano: todo no puede ser cultura. Si todo es mediación cultural, la cultura misma se diluye pues se cae en la trivialización y en la dispersión, y el resultado final acaba en violencia⁵. En efecto, la ausencia de un sentido trascendente que contenga y explique de manera definitiva la propia vida ha de considerarse como uno de los factores primordiales, si no el principal, del vacío existencial y el miedo incomprensible que se va extendiendo cada vez con más fuerza, especialmente entre los jóvenes, conduciendo a muchos de ellos al suicidio. Asimismo, tal como ha advertido Jesús Ballesteros, en el sinsentido se percibe la raíz de las demás manifestaciones de violencia, incluidas las del terrorismo islámico⁶.

En resumen, si bien la filosofía de alcance metafísico y sapiencial de ningún modo pretende ser una panacea, puede, no obstante, ofrecer elementos de inspiración teóricos, e incluso prácticos, con miras a construir una cultura orientada hacia la defensa de la dignidad de la persona. Dignidad que únicamente puede quedar definida con trazos firmes partiendo del destino trascendente al que está llamado todo ser humano. Como señala el profesor Dewan, “la grandeza de la dignidad humana sólo se puede captar de modo apropiado a la luz de ese destino”⁷. Ahora bien, el hecho de redescubrir y promover de manera eficaz la fuente de donde brota nuestra dignidad, implica situarnos en el camino que conduce a la paz. San Agustín definió el término “paz” de un modo insuperable como “tranquilidad del orden”⁸, esto es, la auténtica paz es el resultado, la consecuencia

necesaria, del orden y, en primer lugar, del que cada hombre debe instaurar en su interior. La armonía resulta de haberse encontrado a uno mismo y, por consiguiente, de haber encontrado hacia dónde se deben orientar los pasos que trazan el itinerario existencial.

¿Qué metafísica? ¿Qué naturaleza? La necesidad de rehabilitar el concepto teleológico de naturaleza.

La *metafísica* de la que hablamos es la ciencia del ser en cuanto ser⁹. Esto es, una ciencia¹⁰, la única, que se ocupa de estudiar las cosas bajo un aspecto que es común a todas: el ser, algo universalmente poseído por todo lo que es o existe. Con otras palabras, “por ‘metafísica’ se quiere significar aquí un conocimiento que considera las cosas desde el punto de vista de su condición de *seres*”¹¹.

Desde esta perspectiva, la metafísica de Tomás de Aquino enseña que cada cosa existente posee, por así decirlo, una triple *estructura* o tres “partes integrales”¹²: el *ente*, la *esencia* o *forma* y el *acto de ser*. Denominamos *ente* a la cosa que es, o sustancia individual en cuanto tal. La *esencia* es la que confiere identidad al ente¹³, le permite ser *algo determinado* (un hombre, un gato, etc.) y por el *acto de ser*, el ente existe en acto¹⁴. Es necesario partir de una perspectiva siempre existencial, esto es, desde un enfoque unitario que concibe la forma en función del *esse*, y entiende, a su vez, el *esse* a la luz de la condición ontológica propia de la forma la cual es causa (formal) del ser. En efecto, como ha puesto de relieve

5 Cfr. Llano, *Metafísica...*, ob.cit.

6 Cfr. J. Ballesteros, *Repensar la paz*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2006, p. 81.

7 L. Dewan, *Los fundamentos de la dignidad humana y de los derechos humanos*, conferencia dictada en el *Foro sobre ética, política, dignidad humana, derechos humanos y construcción de paz en Colombia*, Universidad Sergio Arboleda, octubre de 2008, (inédita).

8 San Agustín, *La ciudad de Dios*, trad. F. García, en *Obras Completas*, tomos XVI-XVII, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1960, cap. 13: “La paz del alma irracional es la ordenada quietud de sus apetencias. La paz del alma racional es el acuerdo ordenado entre pensamiento y acción [...]. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden”.

9 *Met.*, 1026 a30-35.

10 En el sentido clásico de ciencia, esto es, conocimiento cierto por causas.

11 L. Dewan, *Wisdom, Law and Virtue: Essays in Thomistic Ethics*, New York, Fordham University Press, 2008, p. 59.

12 Cfr. L. Dewan, *Form and Being. Studies in Thomistic Metaphysics*, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 2006, p. 22.

13 *Ibidem*, p. 202.

14 Tomás de Aquino, *Suma contra los gentiles*, ed. bilingüe en dos tomos con el texto latino de la edición crítica leonina, trad. dirigida y revisada por J. M. Pla Castellanos O.P., introducción y notas de los PP. dominicos J.M. Martínez y J.M. Pla Castellanos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, IV, 11.

Lawrence Dewan, para Santo Tomás “cada cosa es a través de su forma”¹⁵.

La *naturaleza*, a la que nos vamos a referir aquí, es la misma esencia en tanto que *ordenada* o *dirigida* hacia su operación propia como a su *fin* (*telos*) o término¹⁶. Por tanto, reconocer la estructura esencial de las cosas lleva a reconocer una finalidad inmanente en las mismas, esto es, su teleología. A su vez, admitir una finalidad innata en las cosas nos conduce a una comprensión más profunda y real de las mismas, así como de los comportamientos que podemos y debemos esperar de ellas.

Sin embargo, esta noción de naturaleza teleológica, entendida como principio ontológico de un ser, que constituye la *fuerza* de su operatividad¹⁷ y la *meta* hacia la cual debe dirigirse el despliegue existencial de dicho ser¹⁸, fue abandonada en la Modernidad. Un abandono que, como ha advertido Robert Spaemann, estuvo determinado por el interés fundamental de someter la naturaleza, pues: “Para quien quiera hacer con una cosa todo lo que se le antoje, la pregunta de a qué aspira de suyo esta cosa, ha de resultar inoportuna”¹⁹. Y es que el concepto de teleología natural supone la noción tanto de fin como de límite. Atender al *telos* de un ser, concretamente del ser humano, supone ver en él unas orientaciones intrínsecas que es preciso *respetar* si se quiere llevar el propio ser a la consumación de las posibilidades depositadas en él²⁰.

Ahora bien, uno de los objetivos centrales de este trabajo consiste en mostrar que la metafísica realista, lejos de perderse en elucubraciones abstractas, es una de las pocas vías con que contamos para iniciar el retorno hacia nosotros mismos. Es ciertamente una filosofía especulativa, teórica, pero sus alcances prácticos son difíciles de vislumbrar para quien no ha tenido ningún tipo de acercamiento a esta ciencia que Aristóteles calificó como “la más digna de estima”²¹.

En ese sentido, pensamos que la teleología de los entes posee claras implicaciones prácticas en tanto que lleva implícito un orden no sólo intrínseco, sino también extrínseco. En efecto, todo orden se establece con miras a un fin²², y en cada ser creado su *telos* es el fin natural o “límite *sensato*”, en expresión de Spaemann²³, que señala un orden a la actividad de dicho ser. De igual modo, el orden de los diferentes seres entre sí proviene de un fin general o común al cual se encuentra orientada la operatividad de cada uno de dichos seres.

Es así que, entre los seres humanos, tanto a nivel individual como comunitario, el *telos* humano es la causa de un orden natural que debe ser identificado y respetado por las sucesivas ordenaciones que el hombre establezca respecto de sí mismo o con relación a su entorno. La naturaleza “es el fin de las realidades naturales”, enseña Tomás de Aquino²⁴. En el caso del hombre, su *telos* es la naturaleza racional o espiritual, esto es, dicha naturaleza desarrollada hasta un nivel óptimo²⁵.

Tratándose de la persona, nos encontramos frente a una naturaleza y unos fines que son humanos. De modo que el principio legado por Santo Tomás, según el cual “toda forma lleva inherente una inclinación”²⁶, debe traducirse

15 Tomás de Aquino, *In libros Aristotelis De caelo et mundo expositio*, lib. 1 l. 6 n. 5, <http://www.corpusthomicum.org/cmp03.html#81935> (consultado 20-03-09). Cabe dejar simplemente apuntado en este lugar que Lawrence Dewan ha propuesto una auténtica relectura de la metafísica de Tomás de Aquino al plantear la necesidad de redescubrir el papel central de la forma en metafísica. Sobre el particular véase Dewan, *Form and Being...*, op. cit.; también L. Dewan, *St. Thomas and Form as Something Divine in Things, The Aquinas Lecture n° 71*, Marquette University Press, 2007.

16 Cfr. Tomás de Aquino, *El ente y la esencia*, en *Opúsculos y obras selectas*, vol. 1, trad. y anotaciones por una comisión de los PP. Dominicos presidida por A. Osuna Fernández-Largo O.P., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001, cap.1. Cfr. también, Dewan, *Form and Being...*, ob.cit., p. 212.

17 Tomás de Aquino, *Suma teológica*, ed. bilingüe en cinco tomos preparada por los PP. dominicos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1988-1994, I, 82, 1.

18 Aristóteles, *Física*, trad. G. Rodríguez de Echandía, Madrid, Gredos, 1995, II, C. 8, 199a5-10. Para Aristóteles, en efecto, la naturaleza es, a la vez, *principio* y *fin* de las operaciones de un ente.

19 R. Spaemann, *Ensayo filosóficos*, trad. L. Rodríguez Duplá, Madrid, Cristiandad, 2004, pp. 27-28.

20 *Ibidem*, p. 64.

21 *Met.*, 983 a1-5.

22 Cfr. Tomás de Aquino, *Comentario a la “Política” de Aristóteles*, trad. A. Mallea, prólogo y notas de A. Mallea y C.A. Lectora, Pamplona, EUNSA, 2001, I, 1; cfr. también C. Cardona, *Metafísica del bien común*, Madrid, Rialp, 1966, p. 40 y ss.

23 Spaemann, *Ensayos...*, ob. cit., p. 64.

24 Tomás de Aquino, *Comentario...*, ob. cit., I, 1, n° 19.

25 *Ibidem*.

26 Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, ob. cit., I, 80, 1.

en términos de una forma que es espiritual o intelectual y que se halla inclinada, por tanto, a bienes o fines de esa índole. En efecto, señala Dewan²⁷, cada cosa se encuentra inclinada a su propia perfección, a la plenitud correspondiente a su ser específico. Se deduce de ahí que el ser humano posee una sed natural de llevar a plenitud su racionalidad:

El apetito humano es apetito de plenitud de ser, del ser propio de la naturaleza intelectual: ser, de algún modo, todas las cosas. Por tanto, las cosas tienen para nosotros naturaleza de fines, en la medida en que participan o contribuyen a dicha plenitud [...]. De manera que, en el estado de vida presente, la actividad contemplativa es la que más posee naturaleza de fin²⁸.

Queda así establecido el criterio universal, metafísico, según el cual es posible evaluar qué cosas constituyen auténticos fines humanos, esto es, qué cosas pueden recibir el calificativo de bienes capaces de conducir a la persona a la felicidad o vida plenamente humana. No obstante, conviene hacer aquí dos aclaraciones: en primer lugar, que, esta defensa de la naturaleza teleológica, bajo ningún aspecto, pretende sugerir que existiría un modo también universal de realizar la plenitud particular de cada sujeto. La naturaleza humana y sus fines sólo ofrecen unos lineamientos, si bien fundamentales, que cada hombre y cada mujer deciden cómo realizar y de qué modo plasmarlos en su proyecto vital, que siempre será original y único. Y, sin embargo, esto último no equivale a afirmar que cada uno puede ser feliz “a su manera”, si por esta última expresión ha de entenderse que cualquier tipo de comportamiento, toda decisión libre, del tipo que sea, puede servir para hacer *feliz* a la persona, es decir, para hacerla *mejor*, más plena.

Según esto, la *sensatez* y la pertinencia de cada opción nuestra deberían ser calibradas a la luz de este fin de llevar nuestra racionalidad a su consumación. El *telos* humano se constituye,

así, en el postulado práctico a partir del cual se puede hablar de un *sentido* que precede y debe orientar las decisiones individuales y colectivas. Dicho con otras palabras, el *telos* humano se convierte, para esta filosofía, en un elemento de auto-comprensión del mismo hombre y de sus relaciones con los demás y con el mundo²⁹.

Sólo a la luz de una comprensión metafísica de la naturaleza, y específicamente de la naturaleza humana, podremos dar respuesta a tantos interrogantes últimos que el hombre de hoy, y en especial los jóvenes, se plantean. Porque el objetivismo cientificista, anti-metafísico por definición, tiene como contrapartida el relativismo nihilista, que se caracteriza por arrojar al ser humano al vacío de la incertidumbre en cuestiones esenciales de la existencia, instándolo con pertinacia a la alienación de un consumismo hedonista, seguramente, con la ilusión de que la embriaguez del *carpe diem* mitigue el hastío y el miedo de una vida vivida de espaldas a la trascendencia.

Para el nihilismo cada individuo es “el diseñador de aquello en que consiste una vida humana”³⁰. Y es que precisamente el nihilismo se ha erigido como la única postura intelectual y vital aceptable en medio de una cultura fuertemente impregnada de ese abanderado del pensamiento post-metafísico que es el escepticismo agnóstico. El nihilismo rechaza la existencia de un criterio último de verdad que esté legitimado para someter a examen la validez de los diferentes proyectos vitales y, en general, cualquier manifestación de la libertad. Nadie tiene derecho a creer que posee el conocimiento de la vía verdadera, ni en el plano ético ni en el político. El diálogo, la tolerancia y la autonomía absoluta del sujeto, los tres grandes baluartes del credo relativista, se constituyen así en las únicas garantías democráticas plausibles frente al supuesto dogmatismo y la intolerancia de quienes aún profesan su adhesión a la verdad.

Ahora bien, somos conscientes de que atender a estas orientaciones immanentes del

27 Cfr. Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 46.

28 *Ibidem*, p. 33.

29 Cfr. Spaemann, *Ensayos...*, ob. cit. p. 51.

30 Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 7.

propio ser exige una dedicación intensa de la vida que, a su vez, demanda sacrificio tanto en la exclusión de las posibilidades de acción (*telos* es también *límite*) como en el esfuerzo, tiempo y cansancio que muchas veces requiere responder a esa llamada a la plenitud. Es esto precisamente lo que equivale a tomarse la vida en serio. Supone asumir la trascendencia de las propias decisiones en el orden social así como su repercusión en el entorno natural. El olvido de que no sólo existen para el ser humano metas libremente elegidas, sino también fines naturales no elegidos que deben ser atendidos a la hora de fijarse libremente dichas metas, ha sumido a nuestra cultura en la incertidumbre de lo probable. Resulta paradójico que, en nombre de una libertad absoluta, el hombre actual haya renunciado a gobernar su propia existencia sometiéndose bajo los patrones ciegos del horóscopo, los juegos de azar, la indiferencia y el azar probabilístico. En verdad, es el caos el que mejor describe el modo de ser de la sociedad contemporánea.

Pero hay más. La atmósfera materialista que respiramos encierra en su misma entraña, conceptual y vital, gérmenes poderosos de autodestrucción. Las diversas manifestaciones de violencia que en la actualidad amenazan con poner fin a la especie humana, no son más que la faceta estruendosa del nihilismo. Dicho brevemente, la superficialidad alienante y el sinsentido conducen, tarde o temprano, a la desesperación y ésta revierte, a su vez, en explosiones más o menos sutiles de violencia.

Sinsentido y violencia

No es posible vivir de espaldas a uno mismo y después pretender que todo marche bien: la relación de pareja, los vínculos familiares o laborales, la comunicación con los hijos. Cuando la persona pierde proximidad respecto de su ser más íntimo, cuando ni siquiera sospecha la grandeza de las metas a que tiene derecho, entonces, se entrega a lo mezquino. Acecha siempre la tentación de pactar con la conveniencia, con las fuerzas sociales dominantes y con los *intereses de poder*.

En suma, se sucumbe a la compulsión del instinto. El deseo de disfrutar, de poseer, de dominar, acaba poniendo una venda en los ojos que impide dirigir la mirada hacia lo esencial. Cuando el hombre rechaza la verdad porque no puede manipularla, acomodarla a sus intereses, subyugarla, realiza la opción fundamental: coloca el deseo de poder, la comodidad, la utilidad, en el lugar de la verdad. Entonces todo se trastorna. Se abre paso la violencia. Ésta se abre paso, efectivamente, en una cultura así caracterizada, ofuscada por carecer de su norte vital, y resignada cada vez más a vivir a instancias de lo fáctico y lo coyuntural.

Habiendo renunciado de antemano a un sentido que nos precede y envuelve al mismo tiempo, se impone la dispersión de las energías interiores que, debilitadas, son incapaces de resistir a la supremacía del deseo. Y el deseo desbordado, fuertemente estimulado por la sociedad de consumo, acaba en violencia. En este orden de ideas cabe mencionar una iluminadora frase de René Girard: “Todo deseo es deseo ser”³¹. El autor lanza esta frase en la ilación de uno de sus agudos análisis en torno al *deseo mimético* y los vínculos profundos que éste mantiene con la rivalidad y la violencia. Su teoría mimética ha desvelado, en efecto, que el deseo humano es, en buena medida, triangular. Esto es, no se apetece la cosa tanto por sí misma, sino más bien porque el otro la tiene. En la relación deseo-cosa media un tercero que se convierte, según Girard, en el verdadero objeto de deseo. Se aspira a ser como él, a imitarlo, y para eso es necesario tener lo mismo que él tiene:

La razón es que él (el imitador) desea *ser* algo de lo que él mismo carece y que otra persona parece poseer. El sujeto, así, mira a aquella otra persona para informarse de lo que él debería desear a fin de adquirir aquel ser. Si el modelo, quien ya está aparentemente dotado con un ser superior, desea algún objeto, aquel objeto debe ser seguramente capaz de conferir, incluso, una mayor plenitud de ser. No es a través de las pa-

31 R. Girard, *Cuando empiecen a suceder estas cosas...*, Madrid, Encuentro, 1996, p. 24.

labras, por consiguiente, sino por el ejemplo del propio deseo que el modelo transmite al sujeto la suprema deseabilidad del objeto³².

Consideremos más de cerca la frase de Girard: "Todo deseo es deseo de ser". Se trata de una afirmación que el profesor Dewan confirma y descifra en clave ontológica: "El apetito (o deseo) humano es apetito de plenitud de ser, del ser propio de la naturaleza intelectual: ser, de algún modo, todas las cosas"³³. Los seres humanos tenemos sed de infinito: de una libertad absoluta e ilimitada, de un amor y una felicidad que traspase las fronteras del espacio y el tiempo. *Lo semejante sólo se contenta con lo semejante*, y nuestra alma, que es espiritual, casi infinita, no se satisface con nada que esté por debajo de su altura. Se entiende, entonces, por qué tendemos automáticamente a absolutizar *todo* lo que ponemos bajo la *mira* de nuestro deseo, no importa qué, procurando por ese camino acallar la nostalgia de absoluto. La droga, el placer suicida, la exaltación de la violencia, se explican así.

Se impone la purificación del deseo que, como enseña Aristóteles, "es infinito"³⁴. Contenerlo y encauzar todo su potencial en aras de la plenitud personal es el desafío que se nos exige hoy afrontar perentoriamente a los adultos.

El estupor de muchos padres frente a la rebeldía y agresividad de sus hijos, o la impotencia de tantos maestros que han desistido de ejercer alguna influencia positiva sobre sus alumnos, no debería terminar en escoger el expediente fácil de la denuncia y la protesta contra "la juventud". Antes bien, son hechos que interpelan a los adultos. Esos hechos reclaman que revisen el concepto que se han forjado de la vida humana y su sentido; y, por consiguiente, el que están transmitiendo a los jóvenes. Convendría, por tanto, hacernos estas preguntas: ¿Qué valora nuestra sociedad? ¿Valoramos las ciencias, pero en función de su aplicación a las técnicas que

sirven al confort y al placer humano? ¿Lo que premiamos principalmente son los triunfos deportivos y empresariales?³⁵. *Son éstas, preguntas sobre lo esencial*. El tener la voluntad de plantearnoslas es ya algo en sí mismo valioso, vital para la sociedad actual, porque "el tipo de respuesta que se dé a estos interrogantes marca todo el rumbo de la vida tanto individual como social"³⁶.

Santo Tomás ha enseñado que "no se atribuye a una cosa nada que sea incompatible con su naturaleza, sino porque se ignora su naturaleza"³⁷. Tal vez sea más justo, y en todo caso más alentador, pensar que es un problema de ignorancia, de aturdimiento frente a unos recursos de la información y tecnológicos que no estábamos preparados para utilizarlos de un modo adecuado ni intelectual ni éticamente.

Con todo, nuestra condición espiritual nos permite intuir y, más aún, anhelar aquellas cosas que contribuyen a mantener viva e incrementar nuestra densidad interior, es decir, que nos conducen por el camino del crecimiento personal; se trata de realidades que nos van haciendo felices, plenos. Son los bienes del alma: aquellas realidades proporcionadas al alma racional a las que Aristóteles llama "bienes por excelencia"³⁸. Entre esos bienes destacan las funciones y actividades anímicas estrictamente racionales: el conocimiento intelectual y el amor electivo de la voluntad. Precisamente, es en el ejercicio de estas actividades anímicas superiores que nuestra vida se abre a la totalidad de lo real superando los límites de lo empírico, del "aquí y ahora", donde están obligados a permanecer sin remedio los seres meramente instintivos. En este sentido, remarca Lawrence Dewan que:

El alma racional, en la medida en que prevalece sobre el cuerpo, comparada con él, posee cierta *infinitud*. De modo que, el bien percibido por los sentidos es singular, particular, mientras que el

32 R. Girard, *Violence and the Sacred*, tr. P. Gregory, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1977, p. 146.

33 Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 33.

34 Cfr. Aristóteles, *Política*, trad. J. Pallí Bonet, Barcelona, Bruguera, 1981, II, cap. VII.

35 Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 97.

36 *Ibidem*.

37 S.C.G., II, 3.

38 Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, trad. J. Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1993, I, 8.

captado por el intelecto es universal. Se entiende, así, que el bien proporcionado al cuerpo, sea *mínimo* comparado con el bien del alma³⁹.

Es necesario recuperar la capacidad de creer en la grandeza de nuestra humanidad. Resistiendo, así, a la tentación de vivir una existencia *mínima*. Es preciso para eso, retomar la sabia invitación de Sócrates: “conócete a ti mismo”. Un conocimiento que encierra en sí mismo la apertura a los demás y ayuda a recuperar *el sentido de Dios*.

Conclusión

“Conócete a ti mismo”: necesidad de la reflexión sapiencial para el hombre de hoy.

“Sin visión perecemos”, sostiene con énfasis Lawrence Dewan⁴⁰, lo cual es tanto como afirmar que sin una percepción profunda, sapiencial, metafísica de la realidad nos precipitaremos sin remedio hacia la destrucción masiva del mundo y hacia el suicidio masivo.

La cultura contemporánea, de hecho, ha quedado privada de ese *ojo del alma* del que hablaba Aristóteles⁴¹, es decir, de la innata capacidad humana de captar y de detenerse a meditar sobre lo esencial de la vida. Capacidad que, siempre y ante todo, es reflexión acerca de la propia identidad y de su orientación fundamental: “¿quién soy?” “¿qué debo hacer?”.

Y es que la cultura es esencialmente mediación, puesto que se configura a través de palabras, símbolos, imágenes. Ahora bien, si todo es cultura, todo se convierte, entonces, en mediación. Por consiguiente, nuestros modos de vida se vuelven triviales. Estudiar, investigar, comprar, viajar, casarse... ¿con vistas a qué?⁴².

La metafísica, en cambio, persigue la inmediatez, pretende sorprender la realidad en su genuino brotar: antes de la intervención del

hombre, antes de toda mediación. Y esta tarea es imprescindible. Sin la reflexión metafísica, es decir, sin la reflexión sobre lo esencial, ni siquiera hay auténtica cultura. Entramos en la dispersión, la frivolidad y, finalmente, nos despeñamos hacia la violencia⁴³.

De modo que, si consideramos la presente situación cultural, resulta manifiesto que los análisis metafísicos ofrecidos por un filósofo de la talla de Lawrence Dewan, lejos de perderse en la mera elucubración teórica, poseen, por el contrario, extraordinarias consecuencias prácticas: “La naturaleza contemplativa de la felicidad humana -remarca Dewan- es un primer principio de la acción humana”⁴⁴. En efecto, de la dirección fundamental que se dé a la propia vida se siguen unos resultados que varían profundamente según cuál sea el género de ese enfoque. Recordemos que el fin funciona como principio o motor de las propias acciones⁴⁵. Pues bien, el fin último o fin *final*, es decir, el contenido mismo de la felicidad, define la orientación y reviste de unidad y significado definitivo todas y cada una de nuestras elecciones y de nuestras acciones. Se evidencia, por tanto, la relevancia práctica que supone dar con el fin verdadero o, por el contrario, errar el rumbo apartándose de él. En términos metafísico-antropológicos, se podría decir que una vida marcada por esta desviación sustancial estaría construida sobre la falsedad.

Ahora bien, para que sea posible ir conquistando una mirada profunda, orientada hacia lo esencial, es preciso reconocer la *dimensión ontológica* de lo real y la *capacidad metafísica o sapiencial* que posee el ser humano para acceder a dicha dimensión.

Se divisa, ahora, la necesidad imperiosa que tenemos de rehabilitar la reflexión metafísica si queremos dar con el sentido profundo de nuestra vida conjurando, así, los espectros del miedo indescifrable, del tedio existencial y la violencia.

39 Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 73.

40 *Ibidem*, p. 98.

41 Cfr. *Et. Nic.* VI, 12.

42 Cfr. Llano, *Metafísica...*, ob. cit.

43 Cfr. Inciarte, Llano, *Metafísica tras el final de la metafísica*, Madrid, Cristiandad, cap. 3.

44 Dewan, *Wisdom...*, ob. cit., p. 96.

45 Cfr. *Et. Nic.*, I, 1.

En efecto, la percepción de la actividad contemplativa como fin de la vida humana surge de considerar la jerarquía ontológica de la actividad humana. El deseo de *sobrevivir* representa una inclinación primordial para un ser vivo. *Disfrutar* es un componente esencial de la existencia, sin embargo, para que nuestra vida –la propia de seres inteligentes y libres– se vuelva valiosa, repleta de significación, amable, realmente digna de ser vivida, necesitamos *contemplar*.

La metafísica no causa conflictos, no es la causa de los graves males que nos aquejan como creen sus detractores. Por el contrario la raíz de todas las desolaciones, angustias y tragedias suele ser el corazón de quien ha perdido el rumbo auténtico de su existir. Así, el hombre *extrovertido*, derramado por la periferia de su núcleo más íntimo, se convierte en causa de conflictos al afirmar su egoísmo en la negación los demás. Puede hacerlo, o bien porque carece de una idea clara de que su plenitud, esto es, de que la consumación de lo que anhela, se encuentra en lo más íntimo de sí mismo y, al mismo tiempo, más allá de sí misma; o, porque teniéndola, carece de valor suficiente para hacerla vida.

Lo que trasciende la individualidad de cada quien es la verdad. La verdad de su naturaleza que es superior y que, a la vez, supone e incluye la verdad de su proyecto de vida particular. Esta apertura a la verdad que es siempre capacidad renovada de asombro y aceptación ante la majestad de lo real, es lo que los clásicos denominaron *contemplatio* o *theoria*. A esta magnífica praxis se refería Sócrates cuando repetía el *leitmotiv* de su éxodo espiritual: “Conócete a ti mismo”.

Esta apertura hacia la verdad de sí mismo, inseparable siempre de la apertura hacia el Dios infinito, requiere la fortaleza y la humildad de desandar los caminos trillados de la utilidad y de la apariencia, para tornarse hacia lo esencial sin descorazonarse ante la negativa, sin desviarse por los aplausos o contradicciones, ni por los deseos y los asuntos del propio corazón⁴⁶. ■

46 Cfr. J. Ratzinger, *Mirar a Cristo: ejercicios de fe, esperanza y amor*, trad. X. Serra, Valencia, EDICEP, 2005, p. 26.

Bibliografía

Agustín, San, *La ciudad de Dios*, trad. F. García, en *Obras Completas*, tomos XVI- XVII, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.

Aquino, Tomás de, *El ente y la esencia*, en *Opúsculos y cuestiones selectas*, vol. 1, trad. y anotaciones por una comisión de los PP. dominicos presidida por A. Osuna Fernández-Largo O.P.), Madrid, Biblioteca Autores Cristianos, 2001.

Aquino, Tomás de, *Suma contra los gentiles*, ed. bilingüe en dos tomos con el texto latino de la edición crítica leonina, trad. dirigida y revisada por J. M. Pla Castellanos O.P., introducción y notas de los PP. dominicos J. M. Martínez y J. M. Pla Castellanos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1953.

Aquino, Tomás de, *Suma Teológica*, ed. bilingüe en cinco tomos preparada por los PP. dominicos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1988-1994.

Aquino, Tomás de y Alvernia, Pedro de, *Comentario a la “Política” de Aristóteles*, trad. A. Mallea, prólogo y notas de A. Mallea y C. A. Lértora, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2001.

Aristóteles, *Ética Nicomáquea. Ética Eudema*, trad. J. Pallí Bonet Madrid, Gredos, 1993.

Aristóteles, *Física*, trad. G. Rodríguez de Echandía, Madrid, Gredos, 1995.

Aristóteles, *Metafísica*, ed. trilingüe de V. García Yebra, Madrid, Gredos, 1990.

Aristóteles, *Política*, trad. J. Pallí Bonet, Barcelona, Bruguera, 1981.

Ballesteros, J., *Repensar la paz*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2006.

Cardona, C., *Metafísica del bien común*, Madrid, Rialp, 1966.

Dewan, L. (O.P.), *Form and Being. Studies in Thomistic Metaphysics*, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 2006.

Dewan, L. (O.P.), *Los fundamentos de la dignidad humana y de los derechos humanos*, conferencia dictada en el Foro sobre ética, política, dignidad humana, derechos humanos y construcción de paz en Colombia, Universidad Sergio Arboleda, octubre de 2008, (inéedita).

Dewan, L. (O.P.), *St. Thomas and Form as Something Divine in Things*. (*The Aquinas Lecture*, no. 71), Milwaukee, Marquette University Press, 2007.

Dewan, L. (O.P.), *Wisdom, Law and Virtue. Essays in Thomistic Ethics*, New York, Fordham University Press, 2008.

Dewan, L. (O.P.), *St. Thomas and the Perennial Need for Metaphysical Renewal*, conferencia dictada en el Blackfriars Hall, Oxford University, 20 de febrero de 2008 (en prensa).

Girard, R., *Violence and the Sacred*, trad. P. Gregory, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1977.

Girard, R., *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*, trad. A. Barahona, Madrid, Encuentro, 1996.

Girard, R., *La voix méconnue du réel: une théorie des mythes archaïques et modernes*, trad. del inglés por B. Formentelli, Paris, Grasset & Fasquelle, 2002.

Inciarte, F. y Llano, A., *Metafísica tras el final de la metafísica*, Madrid, Cristiandad, 2007.

Ratzinger, R., *Mirar a Cristo: ejercicios de fe, esperanza y amor*, trad. X. Serra, Valencia, EDICEP, 2005.

Spaemann, R., *Ensayos filosóficos*, trad. L. Rodríguez Duplá, Madrid, Cristiandad, 2004.